

LOS GUATEQUES

También en Buberca, de la mano de la gente joven que había salido del pueblo, llegaron los tocadiscos, y con ellos los guateques. Amenizados con la música moderna de la época.

No es que hasta entonces no escucháramos música por radio, televisión, o gramolas. Realmente, la música y los músicos de los años 60 y 70 del siglo XX, rompieron moldes con respecto a la música que se escuchaba en décadas anteriores. No solo se potenció la música pop, rock, canción protesta, o la de crítica social. También llegó la electricidad a los instrumentos y sonidos musicales. Se impusieron modas como la de los melenudos, los pantalones acampanados, y las faldas más cortas, entre otras cosas.

Los guateques, de alguna manera contribuyeron a llevar los bailes al ámbito privado. Con anterioridad, se bailaba en la Plaza del pueblo, con una orquesta o banda de música, y con el patrocinio del Ayuntamiento. Generalmente se bailaba en pareja, con una distancia prudente entre los bailarines. De forma que pudiera correr el aire entre ellos.

En los guateques, se comenzó a bailar “a lo suelto”. Aunque no al estilo de la jota aragonesa. Creo que lo que digo se entiende de sobra. Cuando se bailaba “a lo agarrado”, la emoción del achuchón, casi me paralizaba el corazón.

La verdad es que estos guateques no se hacían en las viviendas. Recuerdo haber participado en guateques en sitios tan variopintos como, en la sala de espera de la Estación del ferrocarril, o en la Plaza del Ayuntamiento.

En aquellos años de preadolescencia, empezaba a relacionarme con las chicas con cierta distancia. Me sentía más cómodo estando al cargo del tocadiscos, escuchando la música y la letra de las canciones. Entonces al encargado de esto, se le llamaba pinchadiscos. Hoy por lo que veo, se le llama DJ, y son las estrellas de las discotecas.

En ese sentido, he de reconocer, que la música más impactante para mí, era la que traía Angelito Muñoz.

Recuerdo en especial una canción que en 1972 popularizó el cantante italiano Adriano Celentano. Años más tarde, comprobé su sentido práctico cuando fui a vivir a una gran ciudad.

A continuación reproduzco la letra de esta canción.

“Un árbol de treinta pisos”

**Es por tu manía de ir a vivir a una ciudad,
Y dejándonos estar tarados la metrópoli.**

**Como tú y como yo, con tal salud, no hay aquí.
Les oí decir, esos dos de ahí, vienen del pueblo.**

**Se rieron, divirtieron, pues supieron.
Que muy pronto estaríamos como ellos.**

**Paliduchos como rascacielos.
Con la cara de cera, con la cara de cera.
Ya no hay limpia ni la estratosfera.
Y aquí siempre será, mientras vivas en una ciudad.**

**En aquellos campos tomabas conmigo el sol.
Y a nosotros nos cantaban los pájaros en sus ramas.**

**Ahora en cambio aquí, en la ciudad.
Los motores de automóviles, van cantándonos la marcha fúnebre.
Y las fabricas perfumando están, todo el aire.
Que oscurece en un cielo tan negro, oliendo que apesta.**

**El Alcalde asegura que la ciudad es moderna.
No hacen caso si dices, que el cemento tapó tus narices.
El infarto es la moda, quien no lo padeció lo tendrá.**

**Ahora no respiro bien. Pues siento, como un sofocón.
El aliento se me va. No se, si no volverá.**

**Solo veo ya, que algo esta naciendo. Es un árbol.
Si, es un árbol de treinta pisos.
La, la, la, ...**

MERIENDAS EN LAS BODEGAS

La costumbre de ir a merendar a las bodegas en Bubberca, era algo habitual, promovido por los adultos, que se potenciaba en el verano.

Era una forma de relacionarse, confraternizar, y mostrar hospitalidad.

A veces, se merendaba en familia. Pero generalmente, eran los adultos los que más disfrutaban. Siempre los niños han sido inquietos, y no muy aficionados a permanecer parados en un mismo lugar durante mucho tiempo.

Cualquier excusa era buena para ir a la bodega a merendar, y probar los excelentes vinos de Bubierca. Aunque, a los vinos de aquellos años no les faltaba graduación.

Desde la degustación de una sencilla tortilla de patata. Pasando por un plato de gorriones fritos, que se cazaban con escopeta de perdigón en arboledas como la de la Estación de ferrocarril. Los cangrejos fritos con tomate y taquitos de panceta, que habíamos pescado en el Río Jalón. O las chuletillas de cordero, que se comían en los días de fiesta grande.

A veces, los mozos contaban que habían merendado jabalí. Otras veces, se reían cuando todos pensaban que habían comido conejo, y los cocineros les comunicaban que habían cocinado algún gato. En realidad, les habían dado gato por liebre.

El objetivo siempre era pasar una tarde agradable.

VIVIR JUNTO A LA CARRETERA

Seguramente, que el paso de la Carretera Nacional II por el medio de Bubierca, contribuiría a mantener los bares, el estanco, o la antigua fonda, y por supuesto, a la movilidad de los bubiercanos. Y en alguna ocasión, a que nos visitaran los mozos de Alhama, provistos de bicicleta y gafas de sol, con ganas de cortejar a las mozas del pueblo.

Pero también hay que reconocer que el peligro, de su paso por el pueblo, era real para las personas y sus propiedades.

En ese sentido, voy a contar algunos **sucesos acaecidos en el pueblo, en relación con la carretera.**

Así pues, se puede decir, que para el hijo mayor de los Chelos, el asfaltado de la carretera por la empresa AGROMAN, supuso para el, encontrar un trabajo que le gustaba, (manejaba una apisonadora), y su emigración a Madrid.

En otro orden de cosas, hay que mencionar, el acontecimiento social que supuso **el paso por Bubierca del General Franco con su séquito.**

Aquel día, todos los niños y algunos adultos fuimos dotados de pequeñas banderas españolas de papel, y conducidos junto a la carretera, a su paso por el pueblo. Los edificios próximos a la carretera, fueron engalanados con banderas españolas de tela, colocadas en los balcones. Y el tramo de carretera comprendido entre la Plaza del

Ayuntamiento y la entrada a la Calle Alta del Horno, fue decorada con macetas colgadas en la pared, y plantadas de geranios y claveles.

Para casi todos, el acontecimiento fue un poco decepcionante, porque Franco no paró en el pueblo. Y, nos limitamos a ver pasar por la carretera varias motos y coches negros, camino de Zaragoza.

A su paso por Bubierca, la carretera es muy sinuosa, con numerosas curvas y contra curvas. Esto provocaba numerosos accidentes de tráfico, con resultado más o menos trágico, según las ocasiones. Porque, de todo hubo.

Tengo un curioso recuerdo del **vuelco de dos camiones**, en diferentes fechas, frente a la Plaza. Todo el pueblo se enteraba de dichos accidentes por el boca a boca, y por el volteo de las campanas de la Iglesia.

Uno de ellos era de detergente BILORE, que recogimos con palas y badiles. Nos sirvió para lavar la ropa durante una larga temporada.

El otro era de helados. Nos pusimos de helado, hasta reventar. Porque no teníamos frigoríficos en el pueblo.

No nos quedaba más remedio que comer, y utilizar para su conservación, durante un poco tiempo, las fresqueras de las viviendas, y las bodegas.

A veces, nos librábamos de los coches de milagro. Como en una ocasión en la que estábamos sentados a la entrada de la calle Bajera, entre la casa de Pepe, el Escalada, y la carretera. Un coche volcó, y se precipitó en el hueco existente entre la citada casa y la carretera. Toñín, mi hermano, y yo nos libramos milagrosamente, en presencia de Encarna Muñoz.

Sin embargo, una tarde del verano de 1970, no tuve tanta suerte.

Habíamos estado jugando al balón en el muelle cubierto de la Estación del ferrocarril. Y en la curva donde comienza el camino de esta estación, **crucé la carretera y fui atropellado por un coche.**

En esta misma curva, Octavín encontró el dinero de una familia accidentada, entre el barro de la acequia.

El conductor del coche que me atropelló, era una excelente persona de Palma de Mallorca, que había alquilado ese coche. Me traslado a Calatayud, posteriormente me vino a visitar, y fuimos a declarar juntos al Juzgado de Ateca, donde reconocí mi responsabilidad en dicho accidente.

Desperté del golpe, dentro del coche, camino de Calatayud, en brazos de mi madre.

Como consecuencia del impacto, **sufrió la fractura de la tibia y el peroné, a la altura del tobillo derecho.** Aquellos seis meses de convalecencia, con la pierna escayolada, supusieron para mí, cambios físicos importantes, faltar a clase forzosamente, y sentir el cariño de todos cuantos me conocían.

Nunca se me olvidara, que en seis meses crecí quince centímetros, y engorde doce kilos. Ni tampoco el terrible dolor que sufrí en la rodilla derecha, cuando el medico me quitó la escayola de la misma, tras tenerla inmovilizada durante tres meses. Me puso un tacón en la pierna escayolada, y me dijo que podía comenzar a andar con normalidad.

Si no me sujeta mi madre, hubiera agredido al citado doctor.

Días después, una vez recuperada la movilidad en la rodilla, estaba jugando al fútbol, apoyado en la pierna escayolada. La verdad es que, con anterioridad a este

accidente, solo sabía golpear al balón con la pierna derecha. Dicho accidente me hizo aprender a golpear el balón, también con la pierna izquierda.

Inolvidable para mí fueron las **peripecias de toda la familia de Octavio y Basilisa, para que pudiera ver su televisión desde mi casa**, durante mi convalecencia, en la que no podía caminar. En casa de mis padres, no teníamos televisión. Pero ellos se las ingeniaron para que la pudiera ver, con las ventanas abiertas de ambas viviendas. Reflejando las imágenes de su televisión en un espejo situado en nuestra casa, frente a su televisión.

Lo mismo puedo decir de las atenciones de la señora Marta, que se sentaba junto a mí, en la calle, durante largos ratos. Ni la cantidad de melocotones que me tiraban, desde el tractor, los trabajadores de los frailes.

Tampoco olvido **la visita al Monasterio de Piedra**, recién recuperado de la lesión, acompañado de mi hermano, de Cuquito, y sus padres. Para esta familia madrileña, trabajó durante algún tiempo Encarna Muñoz. Recuerdo que el padre de Cuquito era diplomático, y le enseñaba el idioma árabe.

Otro de los motivos de preocupación para nuestros padres, respecto de los automovilistas y camioneros, era el temor a que fuéramos raptados por algún desaprensivo. Por ello, **teníamos prohibido hacer autostop, y montar en vehículos de desconocidos**. Creo que el recuerdo de personajes siniestros como el sacamantecas, estaba en sus memorias.

Realmente, considero que era peligroso vivir junto a la carretera.

NOSOTROS TENIAMOS UNA CASILLA EN BUBIERCA

Evidentemente, a diferencia de la película “Memorias de África”, yo nunca tuve una granja en Bubierca. Pero RENFE, es verdad, que le dio a mi padre, en usufructo, una casilla de vía y obras, junto con unos pequeños huertos. Le concedió esta propiedad, por su condición de Obrero Primero de vía y obras de esta empresa, con residencia laboral en el pueblo.

Dicha propiedad estaba localizada a mitad de camino entre Bubierca y Alhama, junto a un paso a nivel sin guardar, que daba paso a la incorporación, a través de un caminito, a la Carretera Nacional II.

Esta casilla, estaba destinada para que fuera nuestra vivienda familiar. Pero mis padres, preferían vivir en Bubierca, conviviendo con sus gentes. Aunque tuviéramos que pagar una vivienda de alquiler.

Sin embargo, mis padres la utilizaban para diferentes actividades como guardar herramientas, de pequeño almacén, y para criadero de conejos, pollos y gallinas. Aunque en alguna ocasión, la comadreja hizo una carnicería con estos animales, penetrando dentro del edificio por una ventana.

El cultivo de los huertos, ayudaba a cumplimentar la economía familiar.

Esta tierra fértil, nos dio toda clase de frutas, verduras y hortalizas.

Recuerdo los nogales, melocotoneros, perales e higueras, que mi padre trataba de mejorar por medio de la poda, el injerto, el sulfatado contra las plagas, el abonado (compuesto por una mezcla de paja y excrementos de los animales), y el riego.

Pero lo mas agradable, era degustar las fresas y las lechugas. Estas últimas, las lavábamos en la acequia, y las comíamos, tras añadirle un poco de sal.

Los pocos excedentes que producían los huertos, como lechugas, tomates, y judías verdes, los vendía mi madre en casa, junto con almendras y huevos.

La acequia que nos proporcionaba el agua para regar, también nos daba la pesca de barbos y cangrejos.

En la zona de secano, predominaban las plantas de hinojo, que alimentaban a conejos y caracoles .En frente, existía un pinar, que criaba rebollones.

Para llegar a la casilla desde Bubierca, había que atravesar dos túneles,

situados a ambos lados de la Estación de ferrocarril. Junto a cuyo andén principal, había moreras, cuyas hojas utilizábamos para alimentar gusanos de seda. Se llegaba transitando por un camino que discurría paralelo a las vías del tren.

En aquel tiempo, había vía única, aunque los túneles estaban construidos para albergar la doble vía.

En el túnel en dirección a Ateca, había un manantial de agua muy fresca. Y en medio del camino estaba situado un mojón, que señalaba un punto kilométrico en la vía. En una ocasión, mi padre, que circulaba montado en bicicleta, chocó contra dicho mojón en la oscuridad del túnel. Una vez recuperado de la caída de la bicicleta, colocó dicho mojón fuera del camino.

Pero en el túnel en dirección a Alhama, en cierta ocasión, nos encontramos con una enorme culebra. Mi abuela Felisa, que nos acompañaba, la mató a pedradas y golpeándola contra la pared, tras agarrarla por la cola.

Mi abuela, tenía un carácter muy propio de las mujeres acostumbradas a seguir para adelante, aunque se cruzara en su camino cualquier obstáculo o situación.

En aquellos años, no había hábitos de limpieza y reciclaje. Por ello, era habitual encontrarse, junto a la vía del tren, con todo tipo de objetos, que habían sido arrojados de los trenes por las ventanillas. Las cunetas estaban llenas de botellas, cajetillas vacías de tabaco, chapas de cierre de las botellas, etc. Si a esto añadimos las bocanadas de humo que producían las locomotoras, sobre todo en los túneles. Podemos decir, que cuando pasaban los trenes por los túneles, lo más prudente era refugiarse en los salvavidas, y taparse la nariz y la boca con un pañuelo.

Como a la protagonista de “Memorias de África”, también a nosotros nos costó desprendernos de la casilla, cuando nos fuimos de Bubierca.

LAS FIESTAS DE SAN MIGUEL

Cada año, el 29 y 30 de septiembre, se celebraban en Bubierca las Fiestas de San Miguel. Sin dudar, esta era la fiesta mayor del pueblo. Aunque, en el santoral, San Miguel es el día 29.

En estas fechas, ya se habían ido del pueblo algunos veraneantes y, los estudiantes habían comenzado el curso escolar. Sin embargo, siempre volvían gran parte de los emigrantes; en especial los jóvenes.

El ambiente de fiesta, se reflejaba con la presencia en la Plaza de pequeñas atracciones festivas, como los puestos de algodón dulce, almendras garrapiñadas y, casetas de tiro con escopeta de perdigón, entre otras. La Plaza era el recinto festivo donde se celebraban la mayor parte de actividades festivas. A pesar del peligro que suponía el paso por la misma de la Carretera Nacional II.

Pero, sin la Misa Mayor, la procesión, los cohetes y, el baile con orquesta, no había fiesta. Tengo un vago recuerdo de que, durante algunos años, tocaron en las verbenas las afamadas bandas de música de Aguarón y Aniñón..

Los precursores del atletismo, el día 29 tenían carrera de pollos. Se llamaba de esta forma, porque al ganador le daban como premio tres pollos, al segundo dos y, al tercero uno. Aunque no estoy muy seguro de que en mis últimos años de estancia en Bubierca, se celebrara esta carrera.

Una buena comida y, los cócteles de melocotón en vino y limonada, animaban la fiesta.

Tampoco faltaban los juegos y concursos infantiles. Pero para nosotros, el plato fuerte de la fiesta era el, tan esperado, partido de fútbol en las eras, que jugaban los mozos del pueblo con los que habían emigrado. Nuestro sueño era poder jugar algún día ese partidazo.

Con poco dinero, mucha ilusión, las ganas y, la participación de los bubiercanos, se celebraban unas estupendas Fiestas de San Miguel.

Este año 2.010 coincide el día de San Miguel con la huelga general en toda España. Ninguna huelga general ha sido nunca en día festivo, porque de lo que se trata es de suspender, por un día, la actividad laboral. No se trata de suspender la fiesta en los días de huelga general.

Independientemente de que a nadie le gustan las huelgas. A los que menos les agradan son a los trabajadores y sindicatos que las convocan.

En Bubierca no se realizará la huelga general, porque por desgracia no existen actividades productivas que haya que parar.

Seguramente, a algunos bubiercanos les agradaría tener este debate. Motivado por la existencia de actividades productivas en el pueblo, y trabajadores susceptibles de participar en esta huelga general. Tal vez otros, en este hipotético caso, calificarían a los huelguistas de aguafiestas.

De lo que no tengo duda, es que todos estarían pensando en disfrutar de las Fiestas de San Miguel. Y por ese motivo, entre todos, encontrarían la manera de pasar unas felices fiestas.